



La formación de un partido

Llamó a la puerta y salió un criado.

— ¿Está don Pancho? — preguntó *Baturrillo*.

— ¿Qué desea usted?

— ¡Vaya una pregunta! Hablar con tu amo.

— Es que, según lo que desee usted, hablará conmigo.

— Hoy he salido de casa para hablar con don Pancho y no para hablar con ninguno de sus criados, porque ni sabía siquiera que los tuviera. Con que...

— ¿Quiere decirme el señor qué nombre anuncio?

— ¡Vaya requisitos y vaya miramientos! Le dice usted que está aquí su antiguo amigo *Baturrillo*, el de Albalate de Cinca.

— Está bien. Pase usted y siéntese.

Baturrillo pasó, se sentó y empezó a mirar a diestro y siniestro. ¡Qué de cuadros y qué de retratos había colgados de las paredes! Todos eran personajes. Veámoslos: La Cachavera al lado de Melquíades Álvarez. Lerroux haciendo *pendant* con Largo Caballero. La Chelito codeándose con Gil Robles. Royo Vilanova del brazo de dos catalanas que quitaban el hipo. Azaña con el corazón en la mano y ¡qué corazón! El mismo Azaña con Casares Quiroga y Arturo Menéndez disputándose la paternidad de las órdenes que se transmitieron a Casas Viejas.

Otra vez apareció el criado que hizo pasar a *Baturrillo* a un nuevo y más lujoso gabinete.

— Esto está al pelo — dijo el baturro al ver a don Pancho.

— ¿El qué, chico?

— Le encuentro preparado para la trascendental misión que me trae a su casa.

— Pues no te esperaba, *Baturrillo*.

— Mejor que mejor. Así es oro todo lo que reluce.

— ¿Y qué te trae por aquí?

— Vengo a proponerle la formación de un partido.

— ¿Dónde está el partido?

— ¿No le digo que vengo a proponerle su formación? Usted será el presidente y yo el secretario del Comité del nuevo Partido.

— Y el Comité, ¿por dónde anda?

— La cosa más fácil del mundo es la formación de un Comité. Yo le organizo a usted un banquete de homenaje, como los que se celebran todos los días con los mismos merecimientos que usted tiene para ser homenajeado; banquete que, como es natural, usted pagará como hacen cuantos políticos reciben homenajes semejantes. Para que el banquete se vea enormemente concurrido, yo haré público, por medio de los «papeles», que los tíquets se pueden recoger gratis en una mesa que colocaré a la entrada de la Rambla de Canaletas. Ni la cola de la avispada e inteligente María Illa será tan larga como la que se formará al lado de mi mesa. Al final del banquete, que yo le aseguro será monstruoso, se abren las listas de adhesión al nuevo partido y al final del final usted dice que dentro de ocho días se convocará un mitin

para nombrar el Comité que habrá de dirigir al partido, y deja usted entrever que la formación del Comité corre prisa, porque espera ser llamado de un momento a otro para formar Gobierno. Tendrá usted un llenazo que ni el de la C. N. del T. celebrado en la Monumental. Nombrado el Comité, a los tres días se reúne para repartirse las carteras.

— La mía no, *Baturrillo*.

— ¡No faltaba más! Al contrario: a usted le tocará la mayor. En seguida, los del Comité, o sea los futuros ministros, nombrarán a sus secretarios particulares y a sus subsecretarios, que se darán prisa a nombrar a los directores generales. Y así sucesivamente, hasta los serenos. Calcule usted si será inmenso el partido que vamos a formar. Porque cada amigo nuestro dispuesto a sacrificarse por la patria, tendrá lo menos diez amigos que querrierán, también, sacrificarse por la ídem. No querrá usted ni tantos ministros ni tantos serenos.

— No me parece mal la idea.

— Ya sabía yo que había de agradarle.

— Pero el partido ha de tener programa y, además, un nombre.

— A eso voy. Nombre del partido: Unión Monárquica Republicana.

— Es un contrasentido.

— Precisamente por esto formaremos un gran cartel. Los contrasentidos son los que hoy prosperan. ¿Que cae la República? Nosotros podemos gobernar con la Unión Monárquica. ¿Que la República se consolida con Cemento Lerroux? Nosotros podemos gobernar por lo de Unión Republicana.

— Tienes talento, *Baturrillo*.

— Lo que tengo es hambre, y aguzo el ingenio.

— Te convidó a comer.

— Acepto. Y de sobremesa le expondré el programa de nuestro partido. De sobremesa los programas salen mejor.

Y de sobremesa, *Baturrillo*, explicó el programa del nuevo partido. Cuatro palabras le bastaron: Gobernar para todos los españoles y un Estado y una Iglesia para cada uno.

— Tú tienes talento, *Baturrillo*, y yo, con tu talento, llegaré.

— Y yo comeré con su dinero. Vamos ahora a la labor más grata: al reparto de carteras.

— La mía no, *Baturrillo*.

— Me refiero a las carteras del Gobierno que hemos de formar. Ponga usted que son once las carteras a distribuir entre los del Comité ejecutivo. Cinco las repartirá usted y seis las repartiré yo.

— ¿Por qué tú seis y yo cinco? Protesto.

— No rebajo ni una cartera.

— Pues rancho aparte o sea otro partido.

— ¿Ah, sí? Usted cree que me voy a quedar corto. Pues voy a formar otro partido para mí solo.

Y ya tenemos dos partidos más en España, por los mismos motivos porque se forman y se dividen todos los partidos en nuestro país.

BATURRILLO